

Finalmente, la expulsión: «El 31 de julio de 1492 todos los judíos que no optaron por el bautismo habían salido de Castilla y Aragón. Como esta fecha es en el calendario hebreo el 7 de ab, y el 9 de ab se conmemora la destrucción del Templo de Jerusalén, muy pronto la tradición judía unió ambas fechas» (p. 53).

Por otro lado, mucho que decir de las 215 fotografías que aparecen en esta obra. No sólo por su impresionante calidad artística sino, especialmente, por su poder evocador, su testimonio y la luz que vierten sobre la misma historia. Vienen precedidas de un índice —con notas explicativas, en muchos casos— y acompañadas por versos de algunos de los más grandes poetas de la literatura hebraico-española: Selomó Ibn Gabirol, Mosé Ibn Ezra, Yehudá Ha-Leví y Bahya Ibn Pacuda, entre otros.

De este modo, el lector puede «vagabundear» por la plaza de Córdoba y los callejones de Trujillo, beber de la fuente de Hervás, «besar llorando» las piedras de Gerona y adentrarse —mientras oye un «clamor de zorzales y de tórtolas»— en miles de portales silenciosos. Y, por supuesto, puede buscar a Dios «a media noche»: quizá lo encuentre —¿por qué no?— esculpiendo poesías «encima de las tablas del corazón del mundo».

Sefarad, *Sefarad* es, así, presencia necesaria para un conocimiento más profundo del aporte de los judíos españoles al desarrollo de nuestra cultura. El proceso abierto a partir de la ley de libertad religiosa, que ha culminado —a pesar de algunas voces destempladas— con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre España e Israel, nos asoma a un posible y cada vez mayor reencuentro. Confluyen también en este propósito las publicaciones especializadas en la cultura judeo-española (*Raíces*, *Sefarad*), las traducciones de autores israelíes y de la Diáspora, las múltiples asociaciones destinadas a este fin (Asociación Judeo-Cristiana; Amistad España-Israel) y, claro, las palabras del Rey Don Juan Carlos I en su visita a la sinagoga de Tifereth (Los Angeles).

La imagen de la ciudad de Toledo o la historia del parque de Judizmendi en Vitoria son altamente significativas: la convivencia y el respeto en una tierra de «recónditos arcanos», de tantos pueblos y tantas encrucijadas.

Mónica Líberman

Ejemplar versión de Catulo

Del gran poeta latino, llamado por unos Valerio Cayo Catulo y por otros, Quinto Lutacio Catulo, nacido en Verona, enamorado ferviente de Lesbia, en la vida real Clodia, esposa del gobernador de la Galia Cisalpina, Quinto Metelo Céler, y hermana del tribuno de la plebe Publio Clodio Púlcet, a la que dedica buena parte y posiblemente,

lo mejor de su obra, publica Editorial Plaza & Janés, en su Colección de Poesía Universal, con texto bilingüe, ciento dieciséis poemas, vertidos al castellano por Mariano Roldán.

La obra de Catulo es propiamente lírica, es decir, —siguiendo el criterio de Bayet—, aquella que «requiere música y ella misma es música», al estilo de los poemas de los arcaicos griegos, Alceo, Safo, Anacreonte, a los que leyó nuestro poeta e influyeron definitivamente en su obra. Catulo es quizás el primer escritor latino (nació hacia el 84 a. de C. y murió apenas cumplidos los treinta años), a quien se le puede aplicar el noble epíteto de «clásico» y que ocupa junto a Horacio y Virgilio, un puesto clave y de honor en la historia de la literatura latina, tan escasamente conocida y divulgada por la crítica literaria de nuestro país. Por todo ello, es de agradecer a editorial Plaza & Janés la cuidada edición que hoy nos ofrece de este poeta de obra, como su vida, breve, pero imprescindible a la hora de obtener un conocimiento aunque sea periférico y global de los grandes escritores romanos.

La obra catuliana se reduce a 116 composiciones, la mayor parte de ellas epigramas de notoria brevedad, de contenido lírico y escritas en yámbricos y dísticos elegíacos. Es autor asimismo de composiciones de contenido religioso y de poemas que la crítica ha dado en llamar «cultos», de clara influencia y metro alejandrinos. Catulo vivió siempre atento a la moda helenizante y experimentó el verso alejandrino, de la mano de los líricos neotéricos. No obstante, la fama de Catulo se asienta con claridad en los «carmina» que dedica a su amada Lesbia, composiciones breves que, procedentes del epigrama —en los inicios una simple inscripción—, van adquiriendo carácter poético hasta alcanzar con Calímaco calidad de expresión artística y convertirse, ya en el siglo II a. de C., en obras poéticas de contenido vario, preferentemente erótico. Como hace constar Büchner, el epigrama «como forma artística, consiste en saber extraer de una idea, un sentimiento o una situación, un rasgo que termine ingeniosamente un tema dado». Poco a poco, el epigrama se convierte sin apelación alguna en obra poética pura y es concretamente a través de Catulo cuando tal forma de expresión literaria sufre su transformación esencial.

Mediante la lectura de la reducida obra de este poeta es fácil reconstruir no sólo la vida cotidiana de la sociedad latina de su tiempo, sino también la coyuntura histórico-política de finales de la República. Catulo, nacido en el seno de una familia acomodada y aun influyente —su padre recibía en su casa de Verona a Julio César—, vive los trascendentales acontecimientos políticos de su tiempo con absoluta inmediatez y es esa vecindad con los acontecimientos históricos que narra lo que, de acuerdo con el citado Büchner, le distingue de los clásicos posteriores, siempre añorantes de épocas pretéritas sobre las que se asentaron la grandeza y las virtudes de Roma.

Mariano Roldán ha tomado para formar el volumen que comentamos, la totalidad de los 116 poemas catulianos, escritos en su mayoría en yámbricos y alejandrinos, aun cuando el poeta, innovador en la métrica latina, utiliza también formas nuevas, como el galiambo, variante del jónico o el falecio, basado en el endecasílabo sáfico, metro por el que Catulo muestra sus preferencias. Entre toda la obra de Catulo los mejores poemas están referidos a su amor por Lesbia, prototipo de matrona romana de linaje noble, adinerada y falta en absoluto de escrúpulos morales. Catulo, tierno enamorado, la canta en sus días de felicidad, aun a sabiendas de las veleidades de su amante:

A nadie más que a mí, ni al propio Júpiter,
dice mi Lesbia que podría amar.
Lo que toda mujer dice a su amante
escrito queda en viento o agua rápida.

En ocasiones, la remática de Catulo, toda ella autobiográfica, revierte a la sátira política, a la fragilidad de la amistad y a la deslealtad de los amigos o a la muerte de uno de sus hermanos, especialmente amado.

Hasta la fecha no teníamos una versión castellana genuinamente poética de la obra catuliana. Catulo había sido traducido en su totalidad y en tiempo no muy lejano por el profesor Juan Petit, cuya edición bilingüe se dirigía sin duda a los estudiantes universitarios de literatura latina. La versión de Petit es, sin discusión posible, meritoria y exacta, pero no poéticamente válida. Y es que la literatura escrita en verso exige también verso al ser vertida a otras lenguas y, en consecuencia, requiere los buenos oficios de un poeta capaz de transmitir no sólo la literalidad del texto sino también su aura poética. Mariano Roldán, veterano en el feliz menester de traductor-poeta o poeta-traductor, ha emprendido la alta tarea de traducir a Catulo al castellano con entusiasmo y absoluto acierto; me atrevería incluso a afirmar que Roldán ha logrado un trabajo ejemplar al ofrecernos un Catulo vivo, palpitante, tierno y amargo, sin perder ninguno de sus atributos humanos y poéticos que con tanta abundancia se dan en el original de la poesía catuliana. La traducción de Roldán —comprenderá el lector que nada nuevo descubro, puesto que bien sabido es el prestigio del que este poeta goza como traductor—, resulta de tan altas excelencias y bondades que uno queda, en verdad, anonadado. Catulo es, como hemos ya apuntado, un innovador de la métrica latina y en su obra incluye versos de distinto pie y medida, cesuras y hemistiquios plurales, términos coloquiales y referencias míticas que hacen de su obra una materia de espinosa traducción. Pero los recursos de Mariano Roldán sobrepasan cualquier dificultad y logra que los poemas del escritor latino sigan siendo, ante todo y sobre todo, poesía en su acertadísima versión castellana. Roldán nos ofrece, pues, a un Catulo trabajado con escurpulosidad y con amor, un Catulo que supo vivir su corta vida con la espontaneidad propia de un alma entregada por entero al arte y a la poesía, que amó y sufrió, que conoció en profundidad las costumbres de sus contemporáneos y supo criticar con ironía acerada los vicios y la corrupción de la sociedad romana en una etapa crucial de su historia, a través de una pasión de amor infortunada:

Celio, mi Lesbia, aquella Lesbia, aquella
mujer impar, a quien Catulo amaba
más que a sí mismo y a los de su sangre,
recorre ahora plazas y callejas,
vierte el ilustre semen de los Rómulos.

Mariano Roldán prologa con brevedad suficiente su versión de los poemas catulianos y completa así una obra de excepcional valía como es la de hacernos llegar a la poesía del gran lírico de Roma, sin perder ni un ápice de su calidad humana y de poeta de excepción.

Jorge Ferrer-Vidal